

La velocidad del estrés

En mí universidad, todos corrían. No por llegar tarde, sino por no quedarse atrás. Yo también corría, aunque no sabía bien de qué huía. Cada clase era una carrera, cada nota una competición y cada trabajo un sacrificio.

Un día, el mi cuerpo colapsó: las notas cayeron, las competiciones desaparecieron, las comparaciones se desvanecieron. El silencio de mi alrededor fue incómodo. No sabía qué hacer sin medir mi valor.

Dejé de correr.

Me senté en el césped, apagué el móvil y abrí un libro. A mi alrededor, algunos me miraron raro; otros, con rabia.

Esa tarde no entregué tareas ni estudié hasta la madrugada. Solo aprendí.

Al día siguiente, el mi sistema volvió.

Pero algo había cambiado: seguí caminando. Y, por primera vez, entendí que no era la universidad la que me exigía velocidad, sino el miedo compartido de quienes nunca se detuvieron a mirar más allá de las estadísticas.